

viviente con la continua oleada popular, alegrada por los escaparates de los joyeros con las alhajas y gruesas cadenas de oro y por los vendedores de telas en los que flotan grandes trozos de aquellas con sus vistosos colores azules, amarillos, verdes y rojos. El barrio obrero que acababa de recorrer, ese barrio obrero y ese otro barrio del comercio á la menuda, que atravesaba á la sazón, evocaron en su memoria el recuerdo de la espantosa miseria que había visto anteriormente, la masa lamentable de trabajadores decaídos, reducidos, por la huelga forzosa, á la mendicidad y campando por sus respetos en las soberbias y abandonadas construcciones de los Prados del Castillo. ¡Ah! ¡Pobre triste pueblo, al que habían impedido salir de la infancia, manteniéndole en una ignorancia y en una credulidad de salvaje, por siglos enteros de teocracia, y tan acostumbrado á la noche de su indigencia, á los sufrimientos de su cuerpo, que permanece aún hoy fuera del despertar social, considerándose sencillamente feliz con tal de que le dejen gozar en paz de su orgullo, de su pereza y de su sol! Parecía ciego y sordo en su decadencia, continuaba la vida estancada de antaño, en medio de los trastornos de la Roma moderna, sin darse cuenta de ello más que por las molestias que le ocasionaban al ver que derriban los antiguos barrios en que vegetaba, las costumbres cambiadas; los víveres más caros, lamentándose de todo, como si la limpieza, la claridad y la salud le estorbasen, cuando era preciso pagarlas con todas las consecuencias de una crisis obrera y económica. Que quisiese ó no, era, sin embargo, en su obsequio, por lo que en el fondo se hacían todas aquellas obras limpiando á Roma y la reconstruían con la idea de convertirla en una gran capital moderna; porque la democracia se halla al extremo de todas las transformaciones actuales; es el pueblo el que heredará mañana esas ciudades de las que se expulsa hoy, la suciedad y la enfermedad, y en las que acabará por organizarse la ley del trabajo que ha de matar la miseria. Y he ahí por qué se habla mal de las ruinas, á las que se limpió y quitó el polvo, y á las que hoy se cuida con burgués esmero, del Coliseo libre de las hiedras y hierbajos, de sus arbustos y flores selváticas, que las jóvenes inglesas conservaban en sus herbarios, si se enojan ante los ele-

vados muros que encauzan el Tiber, echando de menos las antiguas orillas tan románticas, con sus umbrías y antiguos restos de edificios lamidos por el agua, es preciso decirse que la vida nace de la muerte y que mañana debe tornar á florecer sobre el polvo del pasado.

Pensando en todas estas cosas llegó Pedro á la plaza Farnesio, desierta y severa, con sus casas cerradas y sus dos fuentes, de las que la una, en pleno sol, desgranaba hilos de perlas en medio de un silencio profundo. Durante un momento contempló la fachada desnuda y monumental del pesado y cuadrado palacio, su elevada puerta sobre la que flotaba al aire el pabellón tricolor, las trece ventanas de su fachada y friso famoso de un arte tan maravilloso. Después de esto entró. Un amigo de Narciso Habert, uno de los agregados á la embajada cerca del rey de Italia, le esperaba allí, pues le había prometido acompañarle á visitar el inmenso palacio, el más hermoso de Roma y que Francia alquiló para alojar en él á su embajador. ¡Ah! ¡Colosal mansión, suntuosa y mortal, con su vasto patio porticado y lleno de sombra y humedad, su gigantesca escalera con peldaños bajitos, sus corredores interminables y sus galerías y salas desmesuradas! Era todo aquello de una pompa soberana en la muerte; de sus paredes desprendíase un frío glacial, penetrante hasta los huesos de las hormigas humanas que se aventuraban bajo sus bóvedas. El agregado, con discreta sonrisa, indicó que la embajada se aburría allí muchísimo, cociéndose en verano y helándose durante el invierno. Lo único que allí había, que fuese riente y animado era la parte ocupada por el embajador, el primer piso que tenía vistas al Tiber. Allí, desde la célebre galería de los Carrache, se ve el Janículo, los jardines Corsini, Aqua Paola, por cima de San Pietro in Montorio. Después, pasado un vasto salón, encuéntrase el despacho, de una dulce tranquilidad é iluminado por el sol. El comedor, los cuartos, las demás salas que le siguen, ocupadas por el personal, no tienen más que la sombra triste de una calle lateral. Todas esas vastas habitaciones, de seis á ocho metros de elevación, tienen techos pintados ó admirablemente esculpidos, paredes desnudas, algunas adornadas con frisos, con mobiliarios descabalados, viéndose soberbias consolas antiguas, mezcladas con

una prendería moderna. Y esa tristeza de las cosas llega á la abominación, cuando se penetra en las habitaciones de gala, en las grandes salas de honor que ocupan la fachada que da á la plaza; allí no hay un mueble ni una tapicería, nada más que un desastre, magníficas salas desiertas, entregadas á las arañas y á las ratas.

La embajada no ocupa más que una, en la que amontona los polvorientos legajos del archivo, en mesas de pino blanco, en el suelo y en todos los rincones. Al lado se halla la gran sala de dieciocho metros de altura, que coje dos pisos, que su propietario, el antiguo rey de Nápoles, se había reservado y que ahora sirve como de lugar de desahogo para colocar todo lo que estorba; hay allí bocetos, estatuas á medio hacer, un hermoso sarcófago en medio de un amontonamiento de restos de todas clases. Y esto no era más que una parte del palacio, pues su piso bajo está completamente deshabitado. Nuestra escuela de Roma ocupa un rincón del segundo piso, mientras que nuestra embajada se estrecha frioleramente en el rincón más habitable del primero, viéndose obligada á abandonar el resto, cerrando las puertas con doble llave para cortar el inútil trabajo de tenerla que mandar barrer. Es por cierto regio el conjunto del palacio Farnesio; construído por el papa Paulo III, ocupado durante más de un siglo por cardenales; pero ¡qué incomodidad más cruel, qué horrosa melancolía en aquella ruina inmensa, cuyas tres cuartas partes de habitaciones están sin habitar, como muertas, inútiles, imposibles y retiradas de la vida! Y por la noche ¡oh! ¡Por la noche, portal, patio, escalera, corredores, todo invadido por una obscuridad invasora, por espesas tinieblas, con las que en vano luchan algunos humeantes mecheros de gas! ¡Qué viaje más interminable á través de ese lúgubre desierto de piedra para llegar hasta el salón templado y amable del embajador!

Salió Pedro de allí sobrecogido y zumbándole el cerebro. Y los demás palacios, todos aquellos que había visitado durante su permanencia en Roma y en sus largos paseos, evocáronse en su memoria, decaídos todos de su esplendor antiguo, vacíos de los regios trenes que antaño los animaran y destinados á no ser en adelante más que casas de las que se alquilaban pisos. ¿Qué hacer con aque-

llas salas grandiosas, con aquellas galerías, hoy que no hay fortunas capaces para sostener la vida fastuosa para que se construyeron, ni aun para pagar y alimentar el personal numeroso que se necesitaría para su conservación? Son muy raros los príncipes que, como el príncipe Aldobrandini, con su numerosa prole, ocupan solos un palacio. La gran mayoría de ellos alquilan las antiguas mansiones de sus abuelos á sociedades, á particulares, reservándose un piso y á veces hasta alguna sencilla habitación en el sitio más apartado y obscuro. El palacio Chigi está alquilado, los bajos á varios banqueros; el piso primero, al embajador de Austria, mientras que el príncipe y su familia se reparten el segundo con un cardenal. Alquilado está el palacio Schiarra; el piso primero, al ministro de negocios extranjeros, el segundo á un senador, y el príncipe y su madre no se han reservado más que el cuarto bajo. El palacio Barberini también está alquilado, ocupando varias familias los bajos, primero y segundo piso, y el príncipe y los suyos se han instalado en el último, en lo que fueron antiguamente habitaciones de los criados. Lo mismo sucede en el palacio Borghése, cuyos bajos ocupa un corredor de antigüedades; en el primero funciona una logia masónica, y en los demás viven distintas familias, mientras que el príncipe, sólo se reservó algunas habitaciones en un piso modesto, burgués. Alquilado está el palacio Odelscachi como lo están igualmente el palacio Colonna y el palacio Doria, en tanto que sus propietarios llevan la vida tranquila y reducida de buenos propietarios que procuran sacar todo el partido posible de sus fincas para hacer frente á sus gastos.

Y era esto porque un viento de ruina soplaba sobre el patriciado romano del que las fortunas más cuantiosas habían zozobrado en la crisis financiera, quedando muy pocos ricos y ¡con qué riqueza! con una riqueza inmóvil y muerta que ni el negocio ni la industria podían renovar. Los numerosos príncipes que se habían atrevido á emprender negocios habíanse arruinado por completo; los otros estaban aterrados y abrumados por enormes impuestos que se les llevaban cerca de una tercera parte de sus rentas y no les quedaba más recurso que el de ver cómo se agotaban en su inmovilidad los últimos millones estan-

cados que les quedaban para fraccionarse por las particiones, para morir, como muere el dinero como todas las cosas, cuando no arraiga en una tierra viviente. En todo esto no había más que cuestión de tiempo porque la ruina final era irremediable, de una absoluta fatalidad histórica. Y los que se resignaban á alquilar, luchaban aún por la vida, procuraban acomodarse á la época presente, haciendo esfuerzos para poblar al menos el desierto de sus palacios demasiado grandes, mientras que la muerte habitaba ya en los de los otros, en los de los tercios y soberbios que se encerraban en la tumba de su casa como le sucedía á aquel terrible palacio Boccanera en el que sólo se oía de vez en cuando el ruido producido por la vieja carroza del cardenal, cuando salía ó entraba, al rodar sorridamente sobre la hierba del lóbrego patio.

Pero á Pedro habíanle llamado sobre todo la atención esas dos últimas visitas, al Transtibere y al palacio Farnesio, y se completaban una á otra, ayudando á su comprensión, pudiéndose deducir de ellas una conclusión que nunca se había presentado con claridad tan aterradora; no había aún pueblo, y muy pronto iba á dejar de haber aristocracia.

Esta idea, desde entonces fué su obsesión como si se tratase del fin de un mundo, de una sociedad. El pueblo, al que había visto tan miserable, de una ignorancia y una resignación tales en su larga infancia en la que le obligaban á permanecer su historia y el clima que le rodeaba, necesitaría muchos años de instrucción y de educación para que pudiese constituir una democracia fuerte, sana y laboriosa que tuviese tanta conciencia de sus derechos como de sus deberes. La aristocracia moría en el fondo de esos palacios que se veían abajo y no era más que una raza concluida, bastardeada, tan mezclada con la sangre americana, austriaca, polaca y española, que la pura sangre romana era una excepción; esto sin contar con que había dejado de ser de espada y de religión, porque repugnaba servir á la Italia constitucional y desertaba del Sacro Colegio en donde los advenedizos eran los únicos que revestían la púrpura. Aparte de esto, entre los grandes de arriba y los pequeños de abajo, no existía aún una burguesía, una clase media sólidamente instalada, fuerte,

con una savia nueva y bastante prudente é instruída para ser la educadora transitoria de la nación. La burguesía lo eran aún los antiguos domésticos, los clientes antiguos de los príncipes, los colonos que arrendaban sus tierras, los intendentes, abogados ó notarios que se encargaban de la gerencia de sus asuntos; lo era toda esa sociedad formada por los empleados, funcionarios de todas las categorías y clases, diputados, senadores, que el gobierno había llevado tras sí desde las provincias; lo eran, por último, los halcones rapaces que caían sobre Roma, los Prada, los hombres de presa que habían acudido de todo el reino, que clavaban las garras y devoraban todo con sus picos, pueblo y aristocracia. ¿Para quién, pues, habían trabajado? ¿Para quién los trabajos de la nueva Roma, de una esperanza y de un orgullo tan desmesurados, que no podían terminarlos? Soplaba el terror, oía un crujido despertando en todos los corazones fraternales una inquietud preñada de lágrimas. ¡Sí! La amenaza del fin de una clase social, el no tener aún pueblo, la aristocracia condenada á desaparecer y una burguesía ambiciosa devorante que guiaba el saqueo por entre las ruinas. Y qué símbolo más tremendo el de esos palacios nuevos construídos sobre el modelo gigantesco de antaño, esos palacios enormes, fastuosos, pululando para esos centenares de miles de almas vanamente esperadas, esos palacios en los que debía instalarse la riqueza creciente, el yo triunfante de la nueva capital del mundo y que se habían convertido en refugios lamentables, manchados y ya tambaleantes, de la miseria del pueblo bajo, y tras de éste, la de todos los mendigos y vagabundos.

En la noche de ese día, y reinando por completo la negra sombra, fuese Pedro á pasar una hora al muelle del Tíber delante del palacio Boccanera. Aquello era para él un recogimiento, una soledad extraordinaria á la que tenía cariño á pesar de los avisos de Victorina que pretendía que aquel sitio no era seguro. Y en realidad, en noche de tan densa obscuridad como aquella, nunca se habría hallado sitio más á propósito para una emboscada y que al mismo tiempo tuviese una decoración más trágica. No se veía ni un alma, ni un transeunte y sí un silencio.

Roma - *Loma*  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTREY, MEXICO

un vacío, una sombra que se extendía á derecha é izquierda y enfrente. Las empalizadas que cerraban el inmenso taller de cantería abandonado, impedían el paso hasta á los mismos perros.

En la esquina del palacio, envuelto en tinieblas y que había quedado más bajo después del arreglo de las rasantas, había un mechero de gas que iluminaba el muelle á ras del suelo giboso, con un resplandor indeciso, y los materiales de construcción tirados por allí, los montones de ladrillos, las piedras de sillería producían grandes y vagas sombras. A la derecha brillaban algunas luces sobre el puente de San Juan de los Florentinos y en las ventanas del Hospital del Espíritu Santo. A la izquierda, en el indefinido hundimiento de la corriente del río, los barrios lejanos se hundían, desaparecían. Después, enfrente estaba el Transtibere, semejándose las casas de la orilla á pálidos fantasmas indistintos, con los rasos vidrios amarillentos, con una claridad turbia, mientras que por cima una banda sombría era lo único que indicaba el Janículo en el que los faroles de algún paseo, allá en lo alto, hacían centellear un triángulo de estrellas.

El Tiber era, sobre todo, lo que más apasionaba á Pedro, á aquellas horas nocturnas de una majestad tan melancólica. Permanecía echado de bruces sobre el ancho parapeto de piedra contemplándole durante largos minutos mientras deslizaba su corriente en los elevados muros que, por la noche, tomaban la negra y monstruosa apariencia de una prisión construída allí por un gigante. Mientras que las luces brillaban en las casas de enfrente, veía las turbias aguas pasar, tornasolándose con lentitud en los reflejos cuyo estremecimiento dábales una vida misteriosa. Y soñaba sin cansarse en el pasado famoso de aquel río, evocaba con mucha frecuencia la leyenda que asegura que entre el lodo de su lecho hay enterradas riquezas fabulosas.

A cada invasión de los bárbaros, y sobre todo antes del saqueo de Roma, decíase que habían arrojado allí los tesoros de los templos y de los palacios, para librarles de la rapiña de los vendedores. Allá abajo ¿aquellas barras de oro que temblaban en el agua verde, no eran producidas por las blancuras de las columnas y las estatuas? Y aque-

llos tornasolados profundos que relumbraban cual pequeñas llamaradas, ¿no serían un montón confuso de metales preciosos, copas, vasos y alhajas adornadas con finas pedrerías? ¡Qué ensueño ese pululamiento entrevisto en el seno del antiguo río y la vida oculta de esos tesoros que habían dormido allí durante tantos siglos! ¡Y qué esperanza, para el orgullo y enriquecimiento de un pueblo, la de los hallazgos milagrosos que podían hacerse en el fondo del río si pudiesen sondearlo ó desecarlo un día, como se había ya hecho un proyecto! Allí estaba quizás la fortuna de Roma.

Empero durante aquella noche tan negra, y mientras permanecía Pedro echado de bruces sobre el parapeto, no hubo en él más que pensamientos de severa realidad. Continuaba sus reflexiones del día que le inspiraron sus visitas al Transtibere y más tarde al palacio Farnesio. Y ante aquellas aguas muertas llegó á hacer la conclusión de que, la elección de Roma, para convertirla en una capital á la moderna, era la gran desdicha que hacía sufrir tanto á la pobre Italia. Y, sin embargo, sabía que esa elección se imponía como inevitable, pues Roma era la reina de la gloria, la antigua señora del mundo, á la cual estaba prometida la eternidad y sin la que la unidad nacional, habíase creído siempre imposible, de tal manera, que el caso se presentaba terrible, puesto que sin Roma, Italia no podía existir y que con Roma parecía difícil que existiese. ¡Ah! ¡Qué sorda voz de desastre adquiría durante la noche, aquel río muerto! Ni una sola barca, ni un estremecimiento comercial é industrial de las aguas que acarrear la vida á las grandes ciudades! Sin duda habíase ideado grandes proyectos; Roma convertida en puerto de mar, trabajos gigantescos, el lecho del río ahondado para permitir á los buques de mucho tonelaje que pudiesen llegar hasta el Aventino, pero todo esto no eran más que quimeras, porque apenas acababan de dragar la embocadura, cuando otra vez volvía ésta á cegarse. Y la otra causa de agonía, la Campiña romana, el desierto de muerte que atravesaba ese río y que formaba alrededor de Roma como una criatura de esterilidad. Hablábase de hacer en ella grandes obras de drenaje y replanteo, y se discutía en vano la cuestión de si era ó no fértil en la época

de los romanos y, no obstante eso, Roma continuaba encerrada en medio de ese vasto cementerio como una ciudad de otros tiempos, separada para siempre del mundo moderno por esa landa en la que se acumuló el polvo de los siglos.

Las razones geográficas que en épocas pasadas la dieron el imperio del mundo, no existen hoy. El centro de la civilización no está en su lugar y el lago Mediterráneo está repartido entre naciones poderosas. Todo va á parar á Milán, la ciudad de la industria y el comercio, mientras que Roma es sólo un pasaje. Por esto sin duda los más heroicos esfuerzos hechos durante veinticinco años, no han podido librarla de ese sueño letárgico é invencible que sigue invadiéndola. La capital que quisieron improvisar con demasiada precipitación, se detuvo angustiada en su desarrollo y casi arruinó á la nación. Los recién llegados, el gobierno, las cámaras y los funcionarios, no hacen más que acampar y huyen en cuanto empiezan los primeros calores, para evitar el clima mortal. Y hasta tal punto sucede esto, que se cierran hoteles y almacenes, que paseos y calles se quedan vacíos y la ciudad, no habiendo adquirido vida propia, parece que cae en el marasmo de la muerte en cuanto la vida ficticia que la anima la abandona. Todo está así en espera, en esa ciudad de sencilla decoración, en la que la población no aumenta ni disminuye y en la que se necesitaría que surgiesen muchos hombres y muchos millones en dinero para acabar de construir y poblar las inútiles é inmensas construcciones de los barrios nuevos. Y si era cierto que mañana refluiría todo en el polvo del pasado, era pues preciso forzarse á la esperanza. Pero ¿no estaba ese mismo suelo exhausto ya, puesto que ni los monumentos arraigaban? ¿Se habría concluído para siempre la savia que hace sean buenos y sanos los seres, fuertes las naciones?

A medida que avanzaba la noche, las luces de las casas del Transtibere ibanse apagando de una á una, y Pedro permaneció allí durante mucho rato aun, dominado por la desesperación é inclinado sobre las aguas que se habían vuelto negras. Eran las tinieblas sin fondo y no quedaban, entre la sombra del Janículo que había ido espesándose, más que las tres lucecillas de gas, el triángulo de estre-

llas. Ningún reflejo tornasolaba ya el Tíber con dorados estremecimientos ni hacía danzar, bajo el misterio de su oriente, la quimérica visión de fabulosas riquezas y había concluído la leyenda, el candelabro de oro de siete brazos, los vasos de oro, las alhajas de pedrería, todo ese ensueño de riqueza y de un tesoro antiguo desaparecido en la noche como la misma antigua gloria de Roma. Ni una claridad, ni un ruido, el sueño infinito, nada más que el sordo rumor de la caída de las aguas de la alcantarilla, allá á la derecha, que se oía y no se veía. Las aguas habían desaparecido también y á Pedro no le quedaba más sensación que la de su corriente de plomo por entre las tinieblas, la pesada vejez, la secular fatiga, la tristeza inmensa y el deseo del vacío de ese Tíber muy anciano y muy glorioso, que parecía no rodar entre sus aguas más que la muerte de un mundo. Sólo el riquísimo cielo, el eterno cielo fastuoso, era lo que desarrollaba allí la vida esplendorosa de sus miles de astros, por cima del río de sombra que se deslizaba al pie de las ruinas de cerca de tres mil años.

Y como Pedro, antes de irse á su cuarto entrase en el de Darío para sentarse un momento, halló allí á Victorina preparándolo todo para la noche, y que al oírle contar de donde venía, no pudo por menos de exclamar:

—¡Cómo! ¿Os habéis vuelto á pasear por ese muelle á estas horas, señor abate? Sin duda tenéis empeño en que os larguen alguna buena puñalada. ¡Ah! ¡Os aseguro que no sería yo quien tomase el fresco á una hora tan avanzada de la noche en esta condenada ciudad!

Con su acostumbrada familiaridad volvióse hacia el príncipe, que reclinado en un sillón sonreía al oírlo.

—Habéis de saber que esa muchacha, la Pierina, no ha venido; pero la ví que andaba rodando por allá abajo, por los derribos.

Con un gesto hizola callar Darío, que se encaró con Pedro.

—Y sin embargo la hablásteis... Esto es tonto después de todo... Ya veréis á ese bruto de Tito venirme á clavar su puñal en el otro hombro.

Se calló de una manera brusca porque acababa de ver delante de él á Benedetta, que había entrado en la habita-

ción, sin hacer ruido, para darle las buenas noches y le estaba escuchando. Su apuro fué grande; quiso hablar, explicarse y jurarla que su inocencia en aventura semejante era completa; pero sonrióse ella y se limitó á decirle con mucha ternura:

—Estaba enterada de tu historia, Darío mío. Debes comprender que no soy tan tonta para no haber reflexionado y comprendido... Si no te hice ninguna pregunta es porque estaba segura de que á pesar de todo, me seguías amando.

Aparte de esto era muy dichosa porque aquella misma noche había sabido que monseñor Palma, el defensor del matrimonio en su pleito del divorcio, se mostraba agradecido por el servicio prestado á su sobrino, presentando un nuevo escrito que le era favorable. No era esto que el prelado, deseoso de servirla, se hubiese declarado abiertamente y de un modo completo por ella, pero los certificados de los dos médicos le habían permitido manifestar que existía el estado de virginidad indudable, y en seguida, deslizándose habilmente sobre el hecho de que la no consumación procedía de la resistencia de la mujer, agrupó con mucha destreza todas las razones que hacían necesaria la anulación. De este modo quedaba descartada toda esperanza de aproximación y se manifestaba como indudable que los esposos se hallaban en peligro continuo de caer en la incontinencia. Aludía discretamente al marido, indicando que había sucumbido á ese peligro y después alababa la alta moralidad de la esposa, su devoción, todas sus virtudes que eran una garantía en favor de su veracidad. Y sin pronunciarse definitivamente por una solución determinada, dejaba esta para que resolviese la congregación. Desde luego, y apuesto que monseñor Palma repetía uno más ó menos los argumentos del abogado Morano, y una vez que Prada se obstinaba en no mostrarse parte, parecía fuera de toda duda que la congregación votaría la anulación por una gran mayoría, lo que permitiría al Santo Padre obrar con benevolencia.

—¡Ah! ¡Hémos ya al final de nuestras penas, Darío mío! Pero ¡cuánto dinero! ¡Cuánto dinero se necesita! Mi tía dice que apenas nos va á quedar agua para beber.

Y se reía con esa indiferencia hermosa de apasionada

enamorada. No era esto porque la jurisdicción de las congregaciones fuese ruinosa, porque en principio la justicia era gratuita, sólo que había que pagar una multitud de gastos insignificantes, á los empleados subalternos, á los médicos por sus reconocimientos, las inscripciones en los registros, los escritos, los pedimentos. Después aunque no se compraban directamente los votos de los cardenales, no por esto ciertos votos de estos dejaban de costar carísimos y gastar grandes sumas cuando era preciso contar con las personas que les rodeaban y hacer maniobrar todo un mundo alrededor de sus eminencias. Sin contar con que los grandes regalos en dinero son, en el Vaticano, razones decisivas para arreglar las peores dificultades, pero hay que saberlo hacer con tacto. Y por último el sobrino de monseñor Palma había costado horriblemente caro.

—¿No te parece, Darío? Puesto que estás curado, que nos permitan casarnos pronto y esto es todo lo que pedimos... Les daré hasta mis perlas que es la única fortuna que me quedará.

Darío reía también porque el dinero no había influido nunca en su vida. No lo tuvo jamás en abundancia y contaba con vivir siempre al lado de su tío el cardenal que no dejaría el matrimonio en medio de la calle. En su ruina esos cien mil, doscientos mil francos, no representaban nada para él que había oído decir que algunos divorcios costaron hasta quinientos mil francos ó muchísimo más aun. Así que no contestó más que con una broma.

—Dales mi sortija, dáselo todo, querida mía, y vivamos dichosos y felices en el fondo de este viejo palacio aunque sea preciso venderlo todo, hasta los últimos muebles.

Benedetta se entusiasmó y cogiéndole la cabeza entre las manos le besó apasionadamente en los ojos con un arranque de extraordinaria pasión.

Volvióse de pronto hacia Pedro al que dijo:

—¡Ah! Perdonadme, señor abate... tengo que daros un recado. Sí, fué monseñor Nani, el mismo que nos trajo la buena noticia, quien me encargó que os dijese que os hacéis olvidar demasiado y que convendría que obraseis en defensa de vuestro libro.

Escuchóla asombrado el presbítero.

—Pero si fué él quien me aconsejó que desapareciese...